

El contexto estaba cubierto por una fina capa de polvo, imperceptible, donde, como en la borra, alguien podría haberse tomado la molestia de tratar de leer el futuro. El futuro decía: apúrense. Con mala letra y mala intención, con faltas de ortografía la frase estaba escrita en los autos de los compañeros que recorrían provincia, en los pasillos de los trabajos donde trabajaban, borroneada, puesta con una birome en un papel mientras se hablaba por teléfono. La tinta limón, elegante, discretísima, se había convertido en algo mucho más cercano, al alcance de la yema del dedo: dibujos en el polvo adherido, que de tan expuestos se mimetizaban con su alrededor. El futuro también decía: olvídense de la velocidad. Esto era evidente. Cualquier construcción que se preciara se preciaba de olvidar la velocidad y mantener la paciencia incluso ante el vacío, incluso ante la horda de descerebrados con prensa que cantan loas, incluso en lenguaje clandestino, al liberalismo. La paciencia se sostenía o debería haberse sostenido firmísima en todas partes: al leer de reojo, a veces entre ex amigos, en la puerta que se abre y salen a apedrear, frente a la que en la cola del banco quería empujar a los pobres; frente a la otra, que rechazaba el sistema que le metía la mano en el bolsillo y le dejaba de prepo unos billetes que con menos violencia nunca podría haber soñado ni en fotocopia, frente a los que lamían una foto de Bulgheroni en Afganistán, frente a los que lamían la foto de los empresarios sindicales y se pegaban por no ser como ellos, o no ser, o no tener, en síntesis, se miraban las manos negativas y moqueaban. Se escuchaba una jerga política discontinua, hablada por otros miles, que se interfería con todas las otras jergas, a las que por momentos aquella contrarrestaba hasta anular, para luego, en un oleaje retrógrado, volver a ser disminuida, casi verse anulada ella misma, infinitésima, discontinuada ahora sí en apariencias definitivamente, para luego, en el retroceso del oleaje retrógrado, comenzar a revitalizarse, interfiriendo de manera necesaria con las jergas ajenas; y así como el sol sale o cae a una velocidad imperceptibilísima para el ojo pero no para la mente, no se lo ve salir o caer pero efectivamente sale o cae y efectivamente finalmente es de día o de noche, había un repechaje, el zumbido crecía victorioso, martillando a todas las otras jergas, triunfalmente continuado, ensordeciente. Con la misma fe del Evangelio pero disputando con él la conducción de las almas.